

Pequeña crónica de la ciudad

El aire libre: medicina barata y utópica

Por Juan A. Padrón Albornoz

Desde Santa Cruz se ven los montes y bosques de La Esperanza y Las Mercedes que, con sus agudos perfiles y verdes vestiduras, rompen la línea del dormido cielo azul.

Desde ellos se ve la capital, confuso pelotón de edificios con su escuadrón de gastadores al frente: torre de la Concepción, edificio de la C.N.S., el inacabado "Skycraper" de la Avenida Tres de Mayo y los que, en número creciente, van lentamente alzando sus estructuras de cemento, cristal y acero.

Pero dentro de unos días, de unas semanas lo más, Santa Cruz se embozará en un manto pardo. Y no se le verá desde los bosques donde las hojas chillan en violento, ardiente y plebeyo coro.

Llegará la noche y, entonces, apenas se distinguirá el resplandor de sus luces.

Y, también entonces, será llegado el momento en que los santacruceros —afortunados santacruceros que viven en La Esperanza— pensarán de sus paisanos los santacruceros que lo hacen en Santa Cruz:

—¡Pobres! Hoy se asan.

Porque ese manto pardo es el aliento del monstruo sofocado. Del monstruo que, a falta del alisio, padece —padece durante los inevitables, clásicos cuatro días— el soplo cálido del tiempo Sur.

Y entonces hace falta que las cordilleras soplen sobre Santa Cruz para que Santa Cruz recobre la pureza de su cielo, la transparencia de su aire, el frescor vivo de su brisa marinera.

Pero los montes y las nubes que sobre ello se asoman soplan cuando quiere. Y no hay manera de obligarles a soplar cuando Santa Cruz jadea y suada.

¿El martirio de Santa Cruz no tiene, pues, remedio?

Sí lo tiene. Parcial por lo menos.

Es el caso del hombre y la montaña que no quiere ir a él.

Por tanto, es él quien tiene que ir a ella.

Y no sería, es este caso concreto, utópico pensar en convertir estos montes en auténticos parques veraniegos. Parques bien dotados para el disfrute de las dos ciudades que, en los meses de verano, padecen con mayor o menor rigor el calor que las agobia.

Hay, sí, una iniciativa particular que, poco a poco, ha ido poblando y revalorizando unos

terrenos que gozan de un clima ideal. Pero existen, al mismo tiempo, amplísimas zonas de bosque que, debidamente preparadas, podrían servir para la expansión de quienes en verdad las necesitan.

Pensemos por un momento en todos esos niños que, faltos de medios económicos sus padres, se ven obligados a pasar —y padecer— todo un verano en el horno de la ciudad. Existen, sí, colonias escolares que, bien en el mar o el bosque, ofrecen a los pequeños unos días en contacto íntimo con la Naturaleza. ¿Pero cuántos quedan privados de este innegable beneficio?

Para estos, para los que un domingo al aire libre significa medicina valiosa y barata, bien podría enfocarse debidamente esta idea. Hoy la ciudad se envuelve en ese vaho, su manto pardo de monstruo sofocado, que la cubre toda por igual. Y hay que pensar en esos niños que carecen de suficientes parques infantiles para sus juegos. Que se ven obligados, en plena calle, en pleno peligro, a jugar. Y jugarse también sus vidas ante la amenaza constante del tráfico siempre creciente.

En los montes hay espacios inmensos que podrían servir para zonas de juegos infantiles. Aunque para ello habría que hacer que cada autobús se multiplicase por veinte. Que la cinta de asfalto fuese el cauce por donde, en estos días de calor, la población infantil se desplazase hacia aquellas zonas de la fronda en paz, del verdor dulce.

Hoy aquellos bosques son un vidrio de ilusión para los niños. Ellos desconocen el esplendor del trigo verde engalanado por el incendio de amapolas, la paz de la primera tarde, la soledad, el canto mudo y alegre del sol en el bosque.

Hay que hacerles olvidar el paisaje monótono del cemento y del asfalto. El peligro latente, constante, que acecha en cada esquina, en cada cruce. Y, en cambio, hay que hacerles comprender, vivir, el fondo —gris, verdoso y oro— de los ramajes con risas de sol y ráfagas de viento que canta entre los árboles.

Y si tal utopía se convierte alguna vez en realidad, para nuestros montes no habría guardería más amorosa y vigilante que los habitantes de las ciudades.

Excma. Audiencia Territorial de Las Palmas

TRIBUNAL DE OPOSICIONES A INGRESO EN EL CUERPO DE AUXILIARES DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA

Por acuerdo de este Tribunal se ha señalado el día UNO DE JULIO PROXIMO para la práctica de los ejercicios de la referida oposición que se verificarán en la Audiencia Territorial de Las Palmas por los opositores admitidos y cuya relación aparecerá próximamente en los Boletines Oficiales de las Provincias de Santa Cruz de Tenerife y de Las Palmas de Gran Canaria y se expondrán al público en las Audiencias de dichas Provincias, previniéndose a los opositores que el llamamiento es en única convocatoria, teniéndose por decaídos a los que no comparezcan en el día y hora que respectivamente les corresponda actuar, debiendo cada interesado concurrir provisto de pluma estilográfica o bolígrafo, máquina de escribir y el correspondiente Documento Nacional de Identidad que acredite su personalidad.

Las Palmas de Gran Canaria, a once de mayo de mil novecientos sesenta y ocho.—El Secretario del Tribunal, Fdo. Mariano Martínez Lustau. Visto Bueno, El Presidente del Tribunal, Fdo. Andrés Fernández Salinas.

RELIGIOSAS

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

TURNO SEGUNDO

En la noche de hoy, sábado, día 18, y en la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, celebrará esta Sección vigilia ordinaria de turno, cubriendo guardia mensual el de San Antonio María Claret.

Dará comienzo a las diez y será aplicada la vigilia por el eterno descanso del alma de don Telesforo Rodríguez, (q. e. p. d.).

Lo que se recuerda a los señores adoradores pertenecientes al indicado Turno a efecto de asistencia, rogándoseles la mayor puntualidad a fin de no retrasar el horario de los diferentes actos.



Rambla de Pulido, 48
Tfno. 227145 (5 líneas)
S/C. de Tenerife